

El martes 18 de septiembre á las once y media de la mañana avisó Iriarte por un expreso, que habiendo interceptado Allende la órden en que el intendente prevenia su arresto al subdelegado de S. Miguel el Grande, se fué á Dolores, á donde llegó á las doce de la noche, y conferenciando con el cura Hidalgo sobre el partido que en tan angustiadas circunstancias deberian tomar, acordaron dar muy luego la voz de alarma como ejecutivamente lo hicieron con cinco hombres voluntarios y cinco forzados. Con este corto número prendieron á siete europeos de Dolores, incluso el padre sacristan, cuyos bienes repartieron. Otro tanto hicieron en la villa de S. Felipe el dia 16, y lo mismo en S. Miguel, para donde se encaminaron sin demora. Entre tanto se les reunieron gentes de todas clases con las que desde luego meditó marchar sobre Guanajuato.

Semejante noticia sorprendió al intendente, que al momento mandó tocar generala; reunióse el batallon que estaba sobre las armas, y casi todo el vecindario con un gran número de plebe. Todo era confusion en Guanajuato: cerraban las puertas, y el terror les hacia ver sobre sus cabezas al enemigo. Corríase por todas direcciones á pié y á caballo, y para dar mayor interés á la escena, la comunidad de los frailes dieguinos se presentó en la puerta del templo enarbolando un Santo Cristo. Desde este momento los hipócritas y visionarios hicieron tomar parte en la demanda á la religion, apellidaron su voz augusta, y comenzaron á seducir á unos pueblos incautos. ¡Ardid maldito que nos llenó de sangre, y que despues se tornó en persecucion contra los mas beneméritos sacerdotes! Habria sido tolerable si solo hubiese tenido lugar en una comunidad de monjes; pero su vehículo estaba en Valladolid de Michoacan, cuyo obispo electo y entonces gobernador de aquella mitra (D. Manuel Abad Queypó) haciendo violencia á sus sentimientos naturales públicos y literarios, excomulgó al cura Hidalgo segun el Cánón *Si quis suadente diabolo* del Concilio Lateranense que siguió el arzobispo Lizana, y Bergoza el de Oaxaca, con mas la Inquisicion de México. Pero á la verdad que pudiera muy bien dudarse si se metió mas bien el diablo entre los excomulgantes que en el mismo excomulga-

do. Sigámos á los de Guanajuato en su confusion y desórden. Las plazas quedaron solas, y todo causaba el mayor horror y confusion. Cerciorado el público del hecho, se advirtió el mayor empeño de entrar en accion con los enemigos, los que segun el general entusiasmo si entraran en aquel dia hubieran perecido sin remedio: decíase entonces que estaban á tres leguas de Guanajuato.

A las dos de la tarde mandó el intendente juntar en las casas reales á los prelados de las religiones eclesiásticas y demas vecinos distinguidos, á quienes comunicó todo lo ocurrido, asegurándoles que eran muy vastas las medidas del cura Hidalgo, y que temia con fundamento que dentro de seis horas seria su cabeza el escarnio del pueblo. En la tarde se condujeron maderas cerrando las bocas calles principales con trincheras y fosos: pusieronse los vecinos sobre las armas: salieron patrullas de infantería y caballería, y se mandaron avanzadas de á cuarenta hombres á Santa Rosa, Villalpando y Marfil, puntos inmediatos por donde se temia la invasion. Al siguiente dia á la una de la mañana se tocó generala, porque la avanzada de Marfil avisó que se descubria gente enemiga: púsose la ciudad en movimiento; pero se notó luego que ya no reinaba en el pueblo el entusiasmo que el primer dia, atribuyéndose este cambio de afectos á lo incómodo de la hora. En breve se serenó esta conmocion, pues se supo que la habian causado unos tiros de fusil que se le antojó disparar al cura de Marfil. La fortificacion hasta entonces hecha se mantuvo por espacio de seis dias, y se guardó la mas severa disciplina militar.

El lunes 24 amaneció la ciudad sin las trincheras y cegados los fosos: la noche anterior dispuso el intendente hacerse fuerte en la nueva Alhóndiga de Granaditas, situada á la entrada principal de la ciudad en una pequeña altura. Retiróse allí este gefe llevándose consigo cuanto existia en la tesorería de plata y oro acuñado, en barras, azogue en caldo, bulas, papel sellado, archivo, incluso el de la ciudad, y cuantos utensilios existian en aquella casa, con mas la caja de provincia donde se guardaban los caudales de propios y bienes de comunidad, señalando una pie-

za donde asistiesen los ministros de la hacienda pública y demas oficiales. Mandó, ademas, construir tres trincheras en las tres calles principales que conducian á la Alhóndiga, dejando una especie de plazoleta que circundaba aquel edificio, en el que hizo entrar el batallon de infantería provincial, dos compañías de dragones del Príncipe que vinieron de Silao, la mayor parte de los europeos y muchos americanos decentes, todos armados. Con estas disposiciones se creyó en estado de mantenerse por muchos dias, hasta que llegara alguno de los auxilios pedidos al virey, y al comandante de brigada de S. Luis Potosí D. Félix María Calleja. † Finalmente, se acopió tanta cantidad de víveres, cuanta bastase á mantener por tres ó cuatro meses á quinientas personas que compondrian la guarnicion del fuerte.

Este acontecimiento tan inesperado puso á Guanajuato en gran conflicto, pues quedaba de todo punto desamparado de gentes, reduciendo á uno solo la defensa; y por tanto el alférez real D. Fernando Maraño, hizo que se citase á un cabildo, como se verificó en la misma Alhóndiga la tarde del 26. En él expresó Maraño el desconsuelo en que estaban los moradores de la ciudad por haberse retirado el intendente á aquel local con toda la tropa, quedando por lo mismo el lugar en el mayor desamparo, é incapaz de defenderse en caso de un asalto. El intendente contestó que le habia sido absolutamente necesario tomar aquel partido, en atencion á la poca gente que tenia de guarnicion, y que habia escogido aquel lugar por ser todo de bóveda y cuarton, donde podia mantener los intereses del rey hasta morir al lado de ellos como lo tenia de obligacion, y que el vecindario se defendiera como pudiese.

Terminado este acuerdo, el intendente continuó dirigiendo las obras de fortificacion; hizo tapar por dentro con cal y canto

† Previendo Riaño una desgracia, pidió auxilio á Calleja en los términos siguientes: „Los pueblos se entregan voluntariamente á los insurgentes. Hicieronlo ya en Dolores, S. Miguel, Celaya, Salamanca, Irapuato; Silao está pronto á verificarlo. Aquí cunde la seduccion, faltó la seguridad, faltó la confianza. Yo me he fortificado en el parage de la ciudad mas idóneo y pelearé hasta morir si no me dejan con los 500 hombres que tengo á mi lado. Tengo poca pólvora porque no la

una de las dos puertas del edificio, y en cuanto á municiones de guerra se aprestó con cuantas pudo, é inventó un género de bombas con los frascos de hierro en que viene envasado el azogue á los que llenos de pólvora, y apretados los tornillos hizo un pequeño ahugero para introducirles una mecha: ¡invencion maldita! pues lanzados á su vez sobre los americanos hicieron el mayor estrago dividiéndose en muchos fragmentos. Los dias siguientes se emplearon en acabar de abastecer el fuerte de algunas cosas que faltaban, y en recoger los mas de los caudales de los europeos, quienes creyéndose allí enteramente seguros metieron cuanto pudieron de dinero, barras de plata, alhajas preciosas, mercaderias las mas finas de sus tiendas, baules de ropa alhajas de oro, plata, diamantes &c. y aun cuanto tenian de mas valor y existencia en sus casas. Mas de treinta salas de bóveda que tiene en su interior aquel suntuoso edificio de bastante estension, quedaron tan llenas, que casi no se podia entrar en ellas por la multitud de cosas que allí se guardaban: no bajaria de cinco millones el valor de cuanto allí se depositó. Lo del rey seria como medio millon en plata y oro acuñado y sin acuñar, y setecientos quintales de azogue en caldo.

hay absolutamente, y la caballería mal montada y armada sin otra arma que espadas de vidrio, y la infanteria con fusiles remendados, no siendo imposible el que estas tropas sean seducidas: tengo á los insurgentes sobre mi cabeza: los víveres están impedidos: los correos interceptados. El Sr. Abarca trabaja con toda actividad, y V. S. y él, de acuerdo, vuelen á mi socorro, porque temo ser atacado de un instante á otro. No soy mas largo porque desde el 17 no descanso ni me desnudo, y hace tres dias que no duermo una hora seguida.—Dios &c. Guanajuato 26 de septiembre de 1810.

Quando llegó el momento de ser atacado dirigió Riaño á Calleja el siguiente oficio. „Voy á pelear porque voy á ser atacado en este instante. Resistiré cuanto pueda porque soy honrado. Vuele V. S. á mi socorro..... á mi socorro—Dios &c. Guanajuato 28 de septiembre de 1810 á las once de la mañana,—Juan Antonio Riaño.

Ya Calleja le habia respondido á la primera de 23 que se sostuviese con vigor cuanto fuese posible, y le ofreció presentarse en toda la próxima semana delante de Guanajuato á su auxilio que le anunciaria anticipadamente. Este correo salió de Granaditas á la una de la tarde del dia 23: á las once de la noche del 24 salió con la respuesta. ¡Qué activos andaban estos hombres por salvarse!

TOM. 1.—5.

Otras piezas del fuerte se veían llenas de todo género de víveres, los que con la provision de agua de algibe, mucho maiz, y veinticinco molenderas que tambien se introdujeron, fincaban la mas lisonjera esperanza de mantener por muchos días aquel fuerte, sin reflexionar que se hallaba circundado de alturas indefensas como son el cerro del Cuarto, el del Venado, la azotea de Belén, y otras casas que hacian infructuosa la defensa, como lo acreditó la esperiencia; no de otro modo sucedió en Oaxaca con el fortín de la Soledad, que hallándose enfilado por otra pequeña altura sirvió esta de apoyo para atacarlo: tal era la ignorancia de la fortificacion de que estaban poseidos los que entonces nos dominaban!

El día 20 de septiembre salieron fugitivos de Guanajuato muchos europeos, de aquellos que se mostraban al principio mas gazcones y valerosos. Su fuga inspiró mucho desaliento á todo el vecindario, y tanto, que ya no hubo quien asistiera á las avanzadas de Santa Rosa y Villalpando. De ochenta personas que las componian solo quedaron seis ú ocho. Al mismo tiempo cesó el entusiasmo de la plebe, diciendo públicamente en las tabernas, calles y plazas que no se meterian en nada. De la oracion á las diez de la noche grupos de gente baja ocupaba las banquetas de la plaza, diciendo que allí esperaban á ver si les tocaba alguna parte del saqueo.

El día 26 por la mañana se publicó un bando con toda solemnidad, por el que se hacia saber que el gobierno perdonaba los tributos á la plebe de aquella ciudad. Era esta una marca de ignominia que el gobierno español habia echado al pueblo de Guanajuato en castigo de las demostraciones de dolor que habia mostrado cuando la espulsion de los jesuitas, á quienes vivia muy reconocido por su eficacia en el servicio público de su instituto. Aquel día no se oyeron espresiones de aplauso, como era de esperar; tanto mas, cuanto que se habia solicitado eficazmente de la corte la liberacion de aquel tributo afrentoso. El pueblo oyó la nueva de este favor, como se oyen las gracias concedidas por la necesidad y no por la benevolencia. Ya veremos que este gravámen impuesto por el gobierno, y las continuas levadas

gente que allí se hacian para desaguar las minas en que se rebataba cruelsísimamente á la gente, amarrándole para que fuese á los desagües con inminente riesgo de la vida (que allí llaman echar lazo) predispuso á aquel pueblo para que tomase una extraordinaria venganza de sus opresores, no de otro modo que los pueblos del antiguo continente dominados por algunos régulos de la Alemania que los vendian como esclavos á los olandeses para que desaguasen los lagos, fueron los primeros en presentarse á los franceses cuando oyeron que les anunciaban una libertad tantas veces y por tantos años suspirada. Sigamos nuestra relacion.

El 27 por la tarde salió de la fortaleza el intendente marchando hasta la plaza mayor, donde la formó en batalla. Componíase como de trescientos hombres poco mas; la primera y tercera fila era de soldados del batallon, y la de enmedio de europeos en diversos trages. Marchaban en sus alas dos compañías de á treinta y cinco hombres de caballería al mando de los capitanes D. Joaquin Pelaez y D. José Castilla; pero tan mal montados los soldados, que sus caballos no hacian al freno, y estaban ademas muy flacos por las fatigas de los días precedentes. Los mas de los soldados europeos quedaron de guarnicion en la Alhóndiga.

El viernes 28 de septiembre fué día terrible para Guanajuato. A las once de la mañana llegaron á la trinchera de la cuesta que sube de la calle de Belén á la Alhóndiga, D. Mariano Abasolo y D. Ignacio Camargo, el primero con divisa de coronel, y el segundo de teniente coronel del ejército de Hidalgo, acompañándolos dos dragones y dos criados con lanzas. Entregaron un oficio que traian de su gefe al intendente Riaño, quien les hizo decir por medio de su teniente letrado que era necesario esperasen la respuesta, por tener necesidad de consultar antes de darla. Por tanto Abasolo se marchó al momento y dejó á Camargo á que la aguardase, el cual antes de que se la dieran pidió licencia para entrar en el fuerte, porque tenia que hablar en lo verbal con el intendente: concediósele este; pero desde la trinchera se condujo con los ojos vendados á usanza de guerra, hasta llegar á la pieza donde debia entrar; quitósele allí la venda, y estuvo en

V. p. 36
 comunicacion con el teniente letrado, D. Francisco Iriarte, D. Miguel Arizmendi y otros, en cuya compañía se le dió de comer hasta que se le despachó. Interin pasaba esto, llamó el intendente á todos los europeos y oficiales de la tropa, é hizo que en voz alta se leyese el oficio que acababa de recibir, el cual en sustancia decia: „Que el numeroso ejército que comandaba lo habia aclamado en los campos de Celaya capitan general de América, y que aquella ciudad con su ayuntamiento lo habia reconocido por tal, y se hallaba autorizado bastantemente para proclamar la independencia que tenia meditada; porque siéndole para esto obstáculo los europeos, le era indispensable recoger á cuantos existian en el reino, y confiscar sus bienes; y así le prevenia se diese por arrestado con todos los que le acompañaban, á quienes trataria desde luego con el mayor decoro, y de lo contrario entraria con su ejército á viva fuerza sufriendo el rigor de la guerra. Al calce del oficio decia al intendente, que la amistad que le habia profesado le hacia ofrecerle un asilo seguro para su familia en un evento desgraciado.”

Concluida la lectura de esta intimacion, el intendente dijo á los circunstantes. . . Señores: ya Vdes. han oido lo que dice el cura Hidalgo; trae mucha gente, é ignoramos su número, como tambien si trae artillería, en cuyo caso es imposible defendernos. Yo no tengo temor ninguno, pues estoy pronto á perder la vida en compañía de Vdes.; pero no quiero crean que intento sacrificarlos á mis particulares ideas. Vdes. me dirán las suyas que estoy pronto á seguir las.

Un profundo silencio siguió á esta peroracion; los mas pensaban rendirse considerando la poca fuerza con que contaban: otros se hallaban con el corazon atravesado de pena, considerando á sus familias que habian dejado espuestas en la ciudad, y temian ser los primeros en levantar la voz; hízolo al fin D. Bernardo del Castillo, diciendo. . . No señor, no hay que rendirse. . . *Vencer ó morir*. . . Oida por los demas siguieron maquinamente su dictámen. Satisfecho el señor Riaño de que esta era la voluntad de todos se salió á contestar; oyósele decir continuamente con un entusiasmo mezclado de sorpresa estas pala-

bras. . . Ah! ah! . . . ¡Pobres de mis hijos los de Guanajuato!

En seguida respondió con la mayor entereza al general Hidalgo, diciéndole: „Que no reconocia mas capitan general en la Nueva-España que al virey D. Francisco Javier Venegas, ni podia admitir otra reforma en el gobierno que la que se hiciese en las próximas cortes que estaban para celebrarse; y que en tal virtud, estaba dispuesto á defenderse hasta lo último con los soldados que lo acompañaban.” Firmó el oficio con la serenidad con que despachaba el correo ordinario, poniéndole al calce: „*Que la diferencia en el modo de opinar entre él y el general Hidalgo no le impedia darle las gracias por su oferta, y admitirla en caso necesario.*” †

Antes de describir las operaciones de defensa que desde aquel momento comenzó á ejecutar el intendente Riaño con la rapidez que lo caracterizaba aprestándose para el ataque, será conveniente referir á V. lo que pasaba en Querétaro; pero será materia de otra carta. Adios.

† He aquí un caballero. . . ¡Qué pocos le imitaron en la cortesía! Si lo hubieran hecho, ¡cuanto derramamiento de sangre se habria evitado.

